

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



222

NI GUERRA ENTRE PUEBLOS, NI PAZ ENTRE CLASES

*El capitalismo lleva en su esencia la guerra,
como los nubarrones llevan la tormenta.*

JEAN JAURÈS



Hace justo un año publicábamos un artículo sobre la guerra en Ucrania y cómo era usada como justificación para el encarecimiento de todos los productos básicos. Ese artículo partía a su vez de las consecuencias que tuvo para Castilla la guerra de Crimea del sXIX: enriquecimiento súbito de los harineros, nuevo ciclo de acaparamiento de tierras, proletarización de muchos trabajadores del campo, miseria generalizada y, como corolario, motines de subsistencia duramente reprimidos por un gobierno que acabó con los tímidos avances del bienio progresista. Las guerras siempre las pierde el pueblo.

Un año más tarde, contemplamos con horror cómo nos conducen hacia una tercera guerra mundial, si es que no ha empezado ya. Aunque de momento “sólo” la estén sufriendo los pueblos de Ucrania, Palestina, Sudán, Congo..., los gobernantes europeos no dejan de lanzar declaraciones que nos la presentan como inevitable y de obedecer a los mandatos de EEUU para que nos enfrentemos con Rusia, inyectemos más y más dinero en la destrucción de Ucrania y se impida una solución negociada.

Los presupuestos militares se han disparado en toda la UE intentando justificarlo como necesidad imperiosa ante amenazas externas. En Francia se ha propuesto la vuelta del servicio militar obligatorio. Según el centro Delás, el gasto militar real del estado español para 2023 fue de 27.617 millones, más del doble de lo asignado al ministerio de defensa y por encima del 2% del PIB que exige la OTAN. De cada 10 euros, 3 son para gasto militar.

El PSOE, en su eterno papel de maquillador del sistema, lleva décadas intentando lavar la imagen del ejército franquista que nunca fue depurado y presentárnoslo (así como al resto de FCSE) como un grupo de bondadosos voluntarios, asignándole tareas civiles que no le corresponden (UME, período COVID...), mientras se renuncia a dotar de medios suficientes a cuerpos civiles como los bomberos forestales o salvamento marítimo. Intentan enmascarar la función que siempre han tenido los ejércitos: la de sicarios que garantizan el control del pueblo para servir a los poderosos.

La historia de los ejércitos es tan vieja como la de la propia dominación del ser humano por el ser humano. Su evolución ha seguido la del desarrollo industrial (los progresos tecnológicos suelen ser primero militares), pero conviene quitarles sus adornos tecnológicos y su propaganda y tener claro su origen. Los ejércitos primitivos eran claramente bandas de ladrones y asesinos que se mantenían mediante la extorsión de los pueblos a los que atacaban. Se robaba directamente esclavos y bienes y se abandonaba la zona. Las primeras “civilizaciones” se consolidaron al transformar esos saqueos en impuestos regulares, al propio pueblo y a pueblos vasallos, que a su vez permitían fortalecer los ejércitos, incrementando la explotación y el control. Así nacieron los estados y los imperios. La población, desde entonces, se ve forzada a trabajar, en numerosas ocasiones al límite de la propia supervivencia, para mantener un aparato represor cada vez más sofisticado y costoso.

Pero para sostenerse en el tiempo, lo más útil es un pueblo que consienta. Las religiones tuvieron un papel fundamental para conseguirlo hasta muy recientemente, también la religión nacionalista y su exaltación del heroísmo y del sacrificio por la patria. Ofrecer pan y circo también resultó eficaz, desde el imperio romano hasta nuestros días. Producir cada vez más pan y más circo y mantener la explotación del pueblo en límites manejables, no obstante, hacía necesario externalizarla a otros pueblos. El expolio y esclavización de lo que ahora conocemos como sur global permitió aumentar exponencialmente los recursos del norte. La construcción del racismo “científico” desde Europa (de Voltaire en adelante) reemplazó a la religión como elemento justificador de la desigualdad social.

La sistematización del militarismo moderno comienza con Napoleón, con la implantación de las levatas obligatorias en masa y su concepto de “la nación en armas”, inicialmente presentadas como defensas de los logros de la revolución ante los ataques de todas las monarquías europeas, pero que pronto se convierten en un instrumento de expansión imperialista. Con ella se inicia también la competición armamentística entre potencias que sigue hasta nuestros días. Al militarismo napoleónico le sucede el del naciente estado alemán y el de los demás. La centralidad de la guerra y de la adquisición y modernización del armamento coincide con el crecimiento del movimiento obrero y con innumerables intentos revolucionarios. En el relato oficial de los vencedores, es el militarismo alemán el que provoca los conflictos, pero numerosos historiadores coinciden en que todos los estados han utilizado la creación de enemigos externos y la exageración de amenazas para acallar las protestas de la población llevándola al matadero y minar la fuerza de la solidaridad internacional. Por parte de las grandes potencias se ha seguido también la estrategia de provocar y prolongar guerras, a veces armando a ambos bandos como se descubrió en el caso de la guerra Irán-Irak, para debilitar a potenciales rivales.

De la misma manera que los ricos nunca mueren en las guerras, las grandes potencias también evitan las guerras directas que puedan darse en su territorio, por el descontento social y las posibles revueltas que provocaría. Durante toda la guerra fría, EEUU y la URSS se pelearon continuamente sobre las cabezas de otros pueblos y así continúa la situación en Ucrania y en Palestina, por ejemplo, donde lo que se dirime va mucho más allá del territorio concreto en disputa.

A pesar de todo, el expolio siempre acabó chocando con límites. Sea frente a otros imperios, a la resistencia popular o a límites físicos y ecológicos. En la situación actual intervienen dos factores nuevos que explican el cambio del discurso en la UE. Por un lado, el bloque BRICS ya disputa la hegemonía económica y política del bloque occidental que parecía indisputable tras la caída del bloque soviético. Y por otro, estamos ante una crisis de recursos energéticos y minerales a nivel global, Europa carece de casi todos ellos y ya no le permiten robarlos impunemente de otros continentes. No podemos contar ni con EEUU ni con nuestros propios gobiernos para encontrar soluciones racionales que minimicen los daños sociales derivados de esa escasez.

El militarismo se ha encontrado siempre con resistencias internas. No es fácil convencer a la gente para que mate y se deje matar, a pesar de la propaganda. Desde la semana trágica de 1909 a las campañas de insumisión de los años 80 y 90, pasando por la revolución rusa y la de Rojava, los periodos de conflicto armado también son propicios para que se cuelen nuevas soluciones por las grietas del poder. Ante una crisis de límites materiales, sólo hay dos soluciones: racionalizar el consumo de forma justa o eliminar consumidores.

La gente parece intuir que estamos ante una situación muy peligrosa y sin embargo observamos una ausencia total de movilización, organización y revueltas y menos aún de un horizonte utópico compartido hacia el que se vea un impulso común por avanzar.

¿Vamos a esperar a que nos lleven a una guerra para reaccionar? Estos días se está intentando lanzar una iniciativa desde Burgos para movilizarnos ante esta amenaza, esperamos que se sumen suficientes fuerzas.